



Naamán y Giezi

Un sermón de George Müller de Bristol

Un sermón predicado por George Müller en la Capilla Bethesda, Great George Street, Bristol, el domingo 2 de mayo de 1897 por la noche.

2º Reyes 5

Un gran hombre fue Naamán, un gran hombre, y no solo eso, sino un hombre muy rico, como veremos ahora en la ilustración que tenemos aquí. “Pero era leproso”. Oh, ¿con qué frecuencia actúa el Señor de esta manera, que con toda la gloria y el honor en relación con la gran posición en el mundo, en medio de la admiración del mundo, hay alguna prueba, alguna aflicción, alguna prueba especial o alguna aflicción especial asociada? Así fue aquí. Este hombre era el capitán jefe del poderoso ejército del rey de Siria. Dios lo había bendecido grandemente en esa posición, porque a través de su mediación se había obtenido la victoria, una gran victoria. Personalmente, también fue “valeroso en extremo”. “Pero era leproso”.

Ahora, naturalmente, el deseo en tales circunstancias era que se pudiera encontrar un remedio para la enfermedad; pero no fue posible. Sí, a pesar de toda la habilidad médica que se ha podido lograr en estos cientos y miles de años, nunca se ha encontrado un remedio para la lepra. Ha sido buscado continuamente, pero sin resultado. Ahora, como dije, Naamán diría: “Oh, me gustaría poder deshacerme de esta lepra”; y por fin se deshizo de ella. Pero esta misma lepra fue el medio de su conversión; nunca se habría puesto en contacto con el profeta en Samaria si no hubiera sido por la lepra. Y así Dios en nuestro propio caso, una y otra vez, permite una prueba, una gran prueba, una prueba muy dura, para otorgarnos una gran bendición. Si no fuera por la lepra, hablando a la manera de los hombres, ¡la salvación de su alma nunca habría llegado! Sin embargo, Dios dominó sobre todo esto para la bendición de su alma, y así Dios domina una y otra vez en nuestro propio caso, de modo que las pruebas más grandes resultan en las mayores bendiciones.

Aquí expongo mi propio caso, y me refiero a mi propia experiencia, en una larga vida cristiana. Nunca he pasado por una sola prueba (y he tenido cientos de ellas), sin que invariablemente me haya resultado en una bendición; y he descubierto que mis mayores pruebas y mis mayores dificultades se han convertido al final en mis mayores bendiciones! Menciono esto particularmente para el consuelo y aliento de los creyentes más recientes; dejar que Dios trabaje como quiere. Una sirvienta, una jovencita, aquí es usada por el Señor para realizar una gran obra. ¡Dios es un Dios que hace maravillas! Él tiene diez veces diez mil formas diferentes de trabajar, ¡pero siempre hace Su trabajo y siempre se las arregla para que las cosas resulten para la gloria de Su Nombre!

¿Quién hubiera pensado que esta pobre doncella, que fue llevada cautiva por los sirios, sería el instrumento para lograr la restauración del capitán jefe del ejército de Siria

y, más que esto, para lograr la salvación de su alma? El profeta no pudo hacerlo por sí mismo; ¡pero el profeta iba a ser un instrumento más para llevar a cabo la restauración, por el poder de Dios Todopoderoso! “Y ella (la doncella) dijo a su ama: ‘Quisiera Dios que mi señor estuviera con el profeta que está en Samaría, porque lo sanaría de su lepra’. Ahora bien, esto podría haberse dicho, y no haberse tomado nota de ello, o, si hubiera habido alguien dispuesto a prestar atención, podría no haber estado en el lugar adecuado para escuchar; pero para traer una verdadera bendición, leemos, “entró uno y le dijo a su señor”, es decir, su amo, el capitán jefe del ejército fue informado, “así y así dijo la criada que es de la tierra de Israel. Y el rey de Siria dijo: Ve, y enviaré una carta al rey de Israel; y él partió y tomó consigo diez talentos de plata, seis mil piezas de oro y diez mudas de vestido”.

Considero que como la bendición buscada era tan grande, debía llevar un inmenso presente para dárselo al profeta. Era un asunto de suma importancia recuperar la salud, eliminar la lepra. Ahora, aquí vemos lo que dije antes, que Naamán no solo fue un gran líder, un gran soldado, un poderoso capitán, y personalmente de gran valor, sino que además de esto, era un hombre sumamente rico. En primer lugar, como pago por la restauración, tomó diez talentos de plata. Eso significa que, de nuestro dinero serían 3422 libras, ya que el talento judío equivalía a 342 libras, 3 chelines y 9 peniques. Entonces no solo se contentó con diez talentos de plata, sino que también tomó seis mil piezas de oro. En hebreo, lo que aquí se llama una pieza de oro representa considerablemente más que una libra esterlina; por lo tanto, estas seis mil piezas de oro produjeron alrededor de 10000 libras más. En total, la cantidad que tomó como honorario al profeta por curarlo de su lepra fue aproximadamente 13422 libras. ¡Esto demuestra lo inmensamente rico que era! También se incluyeron en el obsequio diez mudas de ropa, cuyo valor sin duda no sería de unas pocas libras.

“Y trajo la carta al rey de Israel. diciendo: ‘Ahora bien, cuando te llegue esta carta, he aquí, con ella te he enviado a mi siervo Naamán, para que lo sanes de su lepra’. Sucedió que, cuando el rey de Israel hubo leído la carta, se rasgó las ropas y dijo: ‘¿Soy yo Dios, para matar y dar vida, que este hombre me envía para sanar a un hombre de su lepra? Por tanto, te ruego que consideres y veas cómo él busca ocasión contra mí’”. El rey de Siria, por supuesto, sin comprender nada de la manera milagrosa en que el profeta podría restaurar al leproso de su lepra, pensó que era simplemente un asunto del poder que iba a ser ejercido, y todo lo que tenía que hacer era entregar una carta de recomendación a su capitán jefe, Naamán, y que entonces el asunto sería resuelto por el rey de Israel. Pero cuando el rey de Israel leyó la carta, estaba totalmente asombrado de recibir tal comunicación, y consideró que como estaba bastante fuera de su poder hacer lo que se le pedía, la carta había sido escrita para buscar una ocasión en su contra para comenzar una guerra.

“Y sucedió que cuando Eliseo, el hombre de Dios, oyó que el rey de Israel se había rasgado las ropas, envió al rey, diciendo: ‘¿Por qué has rasgado tus ropas? Venga ahora a mí, y sabrá que hay un profeta en Israel’”. Era a Eliseo a quien se había referido la pequeña doncella judía. “Vino, pues, Naamán con sus caballos y su carro, y se paró a la puerta de la casa de Eliseo”. No entró. Estaba más allá de él, en su orgullo y altivez, un gran hombre como él. Se quedó callado en su carro y esperaba que el profeta saliera a él y lo curara allí.

“Y Eliseo le envió un mensajero, diciendo: ‘Ve y lávate en el Jordán siete veces, y tu carne volverá a ti, y serás limpio’. Pero Naamán se enojó, y se fue, y dijo: ‘He aquí, pensé que ciertamente vendría a mí, y se pondría de pie e invocaría el Nombre del Señor su Dios, y golpearía su mano sobre el lugar y sanaría al leproso. ¿No son Abana y Farfar, ríos de Damasco, mejores que todas las aguas de Israel? ¿No puedo lavarme en ellos y quedar limpio? Así que se volvió y se marchó furioso”.

Este pasaje es sumamente instructivo para cada uno de nosotros. “Pensé que haría esto y aquello”. Él estableció una regla sobre cómo debía actuar el profeta. Y así estamos continuamente en peligro, cuando leemos declaraciones en la Palabra de Dios que no concuerdan con nuestras nociones preconcebidas, diciendo: “¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo es esto posible? Creo que eso y lo otro. Creo que debería haberse dicho así”. Simplemente actuando como este Naamán, cuando dijo: “He aquí, pensé que ciertamente vendría a mí y se pararía e invocaría el Nombre del Señor su Dios, y golpearía con su mano en el lugar” (mover su mano hacia arriba y hacia abajo sobre el lugar, esa es la idea), “y sanaría al leproso”. Oh, pidamos a Dios que nos mantenga alejados de un espíritu como el que Naamán manifestó en este caso.

Pero luego va más allá: “¿No son los ríos Abana y Farfar de Damasco mejores que todas las aguas de Israel? ¿No puedo lavarme en ellos y quedar limpio? Así que se volvió y se marchó furioso”. Ahora, en el siguiente versículo, vemos cuánto más sabios eran sus siervos que su amo. “Y se acercaron sus siervos y le hablaron, y dijeron: ‘Padre mío’. No era literalmente su padre, pero esta era una forma honorable de dirigirse a él. “Padre mío, si el profeta te hubiera mandado hacer algo grande, ¿no lo habrías hecho?”. Si, por ejemplo, hubiera dicho: “Golpéate mil veces durante cinco minutos cada vez, muy severamente”, no lo habría considerado una gran cosa. Pero como era algo tan pequeño, lo despreciaba. Aquí encontramos la sabiduría del siervo por encima de la sabiduría del amo. “¿Cuánto más, entonces, cuanto te diga: ‘Lávate y queda limpio?’”. Una cosa tan pequeña.

Bueno, este discurso de los sirvientes tuvo un efecto en él. Luego descendió y se sumergió siete veces en el Jordán, conforme a las palabras del hombre de Dios; y su carne volvió a ser como la carne de un niño, y quedó limpio”. Ahora, es algo muy notable que en la traducción más antigua del Antiguo Testamento, llamada como muchos de vosotros ya sabéis, la Septuaginta, que está escrita en griego, el pasaje es: “Se bautizó siete veces en el Jordán”, trayendo ante nosotros el significado de bautizar. “Y su carne volvió a ser como la carne de un niño, y quedó limpio”.

Ahora, observe cómo el hombre instantáneamente se altera por completo. “Y volvió al hombre de Dios, él y toda su compañía, y vino y se paró delante de él”. No permanecer ahora sentado en su carro, en su orgullo y altivez, como el capitán jefe del ejército del rey de Siria; sino, como un siervo humilde, de pie ante el profeta. “Y él dijo: ‘He aquí, ahora sé que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel; ahora, por tanto, te ruego que tomes la bendición de tu siervo’”. Ahora había llegado al conocimiento del Dios vivo y verdadero. Había sido un idólatra antes, nada más que un idólatra, y un idólatra toda su vida. Pero ahora, gracias a la mediación del milagro que se había realizado en él, al restaurarlo de su lepra y curarlo por completo, era un hombre completamente cambiado.

“Toma la bendición de tu siervo”. Eso significa: “Ahora, toma toda esta plata y oro que te he traído, y estas diez mudas de ropa; toma todo esto”. Eso es lo que quiso decir cuando dijo: “Te ruego que tomes una bendición de tu siervo”, porque había traído esta enorme suma de dinero como recompensa por curarlo de su lepra. Ahora, mira cómo actúa el profeta. Pero él dijo: “Vive Jehová delante de quien estoy” (“Vive Jehová, de quien soy siervo”, ese es el significado de las palabras, “delante de quien estoy”), “no tomaré nada”. Este profeta buscó la gloria de Dios. Si hubiera aceptado la vasta suma de dinero ofrecida, se habría considerado que obró milagros con el propósito de obtener dinero. Pero eso estaba completamente lejos del propósito de este santo hombre. Todo fue hecho para la gloria de Dios. “Y le instó a que tomara; pero él se negó”. No aceptaría una pequeña moneda de plata como recompensa. Ni un solo cambio de ropa. ¡No tomó nada en absoluto! La gloria de Dios era más querida para su corazón que toda la inmensa suma de oro y plata que Naamán trajo para darle.

“Y Naamán dijo: ‘Entonces, te ruego, ¿no se le dará a tu siervo la carga de dos mulas? Porque de ahora en adelante tu siervo no ofrecerá holocausto ni sacrificio a dioses ajenos, sino al Señor’”. ¡Mira cuán completo fue el cambio! Sin que el profeta le dijera una palabra, había obtenido de Dios suficiente luz de inmediato para ver que ya no podía seguir siendo un idólatra. En cuanto a su adoración, debe haber un cambio completo en toda su vida. Vio que la adoración en la que había estado ocupado hasta ese momento era totalmente contraria a la mente de Dios, que era idolatría y era aborrecible para Él; que había estado adorando a los demonios, en lugar del Dios vivo y verdadero.

Deseaba instantáneamente volverse completamente diferente; y sin que se le hubiera dicho una sola palabra sobre el tema, consideró que ahora tenía que cambiar todo esto. Tenía que llevar su ofrenda a Dios, y concibió que no había mejor altar que conseguir que uno hecho de la tierra del país de Israel. Para eso deseaba “la carga de dos mulas”. ¡Vea en qué breve tiempo Dios puede obrar una conversión real y verdadera en el corazón de las personas! Y para hacer esto práctico, debemos mirar a nuestros padres inconversos, o hijos inconversos, esposas o maridos inconversos, sin importar cuán lejos de Dios estén ahora, y recuerden cómo está en el poder de Dios que, muy rápidamente, en un breve momento, cambiar sus corazones por completo. Una porción como esta nos dice cuán fácilmente Dios puede cambiar las cosas. Tenemos ante nosotros la conversión de Pablo. La voz desde el cielo, “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” instantáneamente produjo un cambio completo en el corazón de este perseguidor de los discípulos del Señor Jesucristo.

Y está el caso de Manasés: uno de los más terriblemente malvados. No tenemos un ejemplo, en las Sagradas Escrituras, de uno más abominable y más malvado que este Manasés. Pero el Todopoderoso le impuso un juicio terrible, con el resultado de que fue llevado al conocimiento del verdadero Dios viviente y se convirtió en una persona completamente cambiada. ¡Este miserable, abominable pecador, el más terrible de los pecadores!

Vea lo que Dios puede hacer. El hombre está completamente alterado. El que había hecho a Jerusalén casi nadar en sangre, a causa de las innumerables personas inocentes que había asesinado. Esto es un gran estímulo, y nos trae la exhortación bajo ninguna

circunstancia a renunciar a la oración, sino a mirar continuamente al poder de Dios, en su amor, para escuchar nuestras súplicas.

“Y Naamán dijo: ‘Te ruego que no se le dé a tu siervo la carga de dos mulas. En esto el Señor perdone a tu siervo, que cuando mi señor vaya a la casa de Rimón a adorar allí, y se apoye en mi mano, y yo me postrare en la casa de Rimón, el Señor perdone a tu siervo en esto’”. Un comentario que nos muestra la iluminación dada a Naamán. Razonó: “Regresaré a Damasco, y cuando esté allí, yo, como capitán jefe del ejército del rey de Siria, tendré que acompañar a mi amo cuando adore en la casa del ídolo Rimón. Mi maestro esperará que cuando se postre ante Rimón, yo también lo haga; ¿y qué será de mí si no me inclino, como lo hace mi señor el rey? Por lo tanto, presenta esto ante el profeta.

Ahora, naturalmente, uno podría haber esperado que el profeta dijera: “Oh, Naamán, esto sería muy malo de tu parte; es mejor que renuncies a tu puesto de capitán jefe antes que postrarse ante este ídolo. ¡Deshonrarás a Dios, el Dios vivo y verdadero, al hacerlo!”. Pero, ¿qué dice el profeta? “Y él le dijo: Ve en paz”. Eso significa que, antes de que Naamán pudiera llegar a la casa de su amo, el Señor lo iluminaría cada vez más; porque ya había mostrado cómo en estas pocas horas después de su conversión, había obtenido una cantidad tan grande de conocimiento que ya no podía continuar su adoración de ídolos como antes, y, por lo tanto, quería otro altar por completo, y lo haría al sacar parte de la tierra de Israel, a fin de llevar a cabo una adoración completamente diferente a la que él había realizado antes. Por lo tanto, el profeta consideró: “Déjalo; el Espíritu Santo lo instruirá más y más, porque ya ha dado prueba de cuánto lo ha avanzado desde que se sumergió y se lavó en el Jordán”.

Fue por este motivo que el profeta dijo: “Ve en paz”. No es que tolerara la idolatría, sino que en el presente era demasiado débil para estar completamente iluminado sobre todo. Un caso como el que encontramos en los Evangelios. El Señor Jesucristo tenía muchas más cosas que decir a sus discípulos, pero ellos no podían soportarlas y, por lo tanto, no les hablaba más y más. Por esta misma razón, el profeta no dijo nada, sino que se lo dejó al poder del Espíritu de Dios, no solo para iluminarlo, sino para fortalecerlo para lo que tenía que hacer. Y tenemos la razón más completa para creer que Naamán, en quien el rey se había apoyado para ir a la casa de Rimón, ya no procedió como lo había hecho antes.

Pero Giezi, el siervo de Eliseo, el hombre de Dios, dijo: ‘He aquí, mi amo ha perdonado a este Naamán sirio, al no recibir de sus manos lo que trajo; pero vive el Señor, que correré tras él y tomaré algo de él’. “Entonces Giezi siguió a Naamán, y cuando Naamán lo vio correr tras él, bajó del carro para recibirlo y dijo: ‘¿Va todo bien?’ y él dijo: ‘Todo está bien; mi amo me ha enviado, diciendo: ‘He aquí, ahora mismo, vienen a mí del monte de Efraín dos jóvenes de los hijos de los profetas; dales, te ruego, un talento de plata y dos mudas de ropa’”. Una completa falsedad, una fabricación del todo, para poder obtener dinero para sí mismo. Y consiguió el dinero para sí mismo; pero las mentiras que había preferido trajeron un juicio de lo más horrible.

“Y Naamán dijo: ‘Conténtate; toma dos talentos’. Y él lo instó y ató dos talentos de plata en dos bolsas, con dos mudas de ropa, y se las pudo a dos de sus siervos; y los trajeron delante de él”. Naamán estuvo listo de inmediato para hacer lo que se le pidió al

dar dos talentos – que, de nuestro dinero, son 684 libras y 8 chelines – además de dos mudas de ropa; y era una carga pesada para dos sirvientes. “Y los trajeron delante de él. Y cuando llegó a la torre” – más bien a la elevación de la colina, ya que Samaria estaba edificada sobre una colina, que había bajado para llegar a Naamán – “los tomó de sus manos y los depositó en la casa; y dejó ir a los hombres, y ellos se fueron”. Habiendo obtenido el dinero, lo guardó en algún lugar secreto de la casa para esconderlo. “Pero él entró y se paró ante su señor. Y Eliseo le dijo: ‘¿De dónde vienes, Giezi?’. Y él le dijo: ‘Tu siervo no fue a ninguna parte’”. Listo para pronunciar mentira tras mentira. “Y él le dijo: ‘¿No estaba mi corazón contigo cuando el hombre se volvió de su carro para encontrarte? ¿Es tiempo de recibir dinero, recibir vestidos, y viñedos, ovejas y buenas, siervos y siervas?’”.

“¡Oh, Giezi, no te ha importado lo más mínimo la honra de Jehová!”. Imaginamos al profeta diciendo: “Rechacé lo que se me ofreció, y no quise tomar nada en absoluto, para que Dios pudiera ser glorificado al negarme a aceptar una recompensa por restaurarlo de su lepra; y has dicho mentiras, has tomado este dinero en contra de la mente de Dios. Este no es el momento de recibir dinero en tales circunstancias; no es el momento para recibir una ganancia, para recibir vestidos, y olivares, y viñedos, y ovejas, y bueyes, y sirvientes y sirvientas, como tú estás procurando y ansiando obtener, por el dinero que, a través de mentiras, ahora has obtenido”.

“Por tanto, la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre. Y salió de su presencia un leproso blanco como la nieve”. La forma ordinaria en que Dios actúa es que, en circunstancias similares, no concede una aflicción tan terrible, en forma de castigo, a aquellos que han sido tan culpables como lo fue este Giezi, pero este juicio debe traer ante nosotros lo doloroso que es el pecado para Dios, y cómo al final visitará la iniquidad sobre los que le ofenden. Y esto nos recuerda particularmente el hecho, dado que todos somos más o menos pecadores, aunque no hayamos sido culpables de pecados como lo fue Giezi, que necesitamos la expiación del Señor Jesucristo para limpiarnos de nuestros pecados.

Por lo tanto, la pregunta solemne surge en referencia a todos nosotros: “¿Hemos obtenido esta expiación para nosotros? ¿Hemos sido individual y verdaderamente limpios de nuestros pecados por medio de la fe en el Señor Jesús, de modo que la sangre de Cristo se convierta en nuestra expiación, para limpiarnos de todas nuestras innumerables transgresiones? ¿Cómo nos presentamos ante Dios con respecto a nuestros pecados? ¡Oh, qué será de nosotros si por un solo pecado del que hemos sido culpables tenemos que sufrir! Por cada una de nuestras innumerables transgresiones, necesitamos la sangre de Cristo para limpiarnos; y si estamos ante Dios sobre la base de nuestra propia bondad, méritos y dignidad, seguramente sería nuestra ruina para siempre. Cada uno de nosotros, el mejor entre nosotros, necesita un Salvador. Y confiando en Él, dependiendo de Él, el mayor pecador no necesita desesperarse, porque hay poder en la sangre de Cristo para limpiar todos sus pecados.

Ahora, entonces, recordemos cómo en el caso de Naamán, una prueba sumamente grande condujo a una bendición sumamente grande, incluso la salvación de su alma. Y aunque ya podemos ser salvos por haber venido a Cristo, y por lo tanto, aunque en este

sentido la bendición no sea tan grande como en el caso de Naamán, esto es cierto: Que Dios quiere que por cada prueba con la que nos visite traer una bendición al final. Así, invariablemente, lo he encontrado.

Entonces recordemos cuánto puede lograr una pequeña doncella; cómo incluso una pequeña doncella puede testificar de Dios y ser su instrumento para producir una gran bendición. Entonces recordemos además, con respecto a las Sagradas Escrituras, que nunca hemos de razonar como lo hizo Naamán, “yo pensé”. No es lo que pensamos, sino lo que piensa Dios. Dios declara la verdad y nuestro deber es aceptar como Él la declara. No tenemos que decir: “¡Oh, pensé que Él haría esto y aquello!”. No razonemos sobre la Palabra de Dios como si supiéramos más que Dios. Él sabe; y tenemos que aprender. Dios es infinitamente sabio y nosotros somos extremadamente ignorantes. Por lo tanto, tenemos que someternos a lo que Él dice en todo momento y en todas las circunstancias.

Entonces, por último, que el ejemplo de Giezi sea una advertencia para nosotros. Aunque Dios no visita el pecado en todos los casos como lo hizo aquí en el caso de Giezi; al final, Él tendrá la cuenta de nuestros pecados, y ay de nosotros, si nos encontramos parados sobre la base de nuestro propio mérito y dignidad, en lugar de escondernos en Cristo. El trabajo debe ser suyo. Dependiendo enteramente de Su obra expiatoria, sin saber nada en el asunto de la salvación excepto a Cristo, y desde el principio hasta el final, todos, todos, estarán bien por toda la eternidad.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org